

RECONOCER LOS FALLOS

Domingo XXX T.O. © Lc. 18,9-14. 27 de octubre de 2019

Ser competitivos es hoy una canción que se escucha por todas partes. **Vivimos una carrera para poder estar arriba.**

Necesitamos ganar méritos, prestigio, llenar mil hojas de “curriculum vitae”, acceder a las capas altas donde se pueda estar tranquilo y sin angustias de futuro.



Necesitamos ser perfectos, sin fallos. La geografía de la vida cotidiana está llena de la agresividad, hija de la competencia. De la “excelencia” ... **No sólo ser bueno en lo que hago, sino ser mejor que los demás.** Llenar la vida con el paisaje de la apariencia: belleza, juventud, fortaleza física, salud, presencia... Pero lo humano, lo nuestro, son las fragilidades. Un mundo humano es un mundo donde la fragilidad no se esconde. Una persona verdadera y feliz es la que reconoce abiertamente los propios fallos, las propias debilidades, los “agujeros” inevitables de la fragilidad que somos. **Vivir en la transparencia de la verdad que somos nos hace vulnerables, pero nos coloca en nuestro verdadero sitio ante la vida, ante Dios.** Nos coloca en humildad para poder pedir ayuda sin avergonzarnos. Y nos coloca en igualdad de condiciones ante los demás y con los demás. **Necesitamos vivir y sentir que no somos “dioses” y necesitamos ser curados por Dios, nuestro Padre, y por los demás.** Y, aunque lo queramos disimular, al final, todo se sabe..., porque “somos transparentes”.